

Testimonio de Julio César Segovia



Fecha de nacimiento: 8/9/56

Estado civil: Casado

Hijos: 3

Lugar de nacimiento: Mercedes, provincia de Buenos Aires.

Jerarquía: Sargento.

Síntesis del hecho: En un copamiento a la comisaría de Villa Zapiola por parte de varios delincuentes que pretendían liberar a un detenido, recibió un disparo que le cortó la médula.

Lesiones: Paraplejía de miembros inferiores.

“A mí no me mataron porque no quisieron”.

“ Siempre puse todo de mí, nunca hice mi trabajo mal”.

“Pasó casi un año y todavía no tomé conciencia de que estoy parapléjico”.

“A través de mi desgracia puedo decir que me va bien”.

La ventana de la habitación da a la calle Monroe, en Capital Federal. Desde allí entra el sol de un día perfecto para pasear por un parque, tal vez por la plaza principal de la ciudad de Mercedes, donde nació Julio César. Pero la vida quiso que el sargento Segovia deba conformarse con sentir el sol a través de la ventana de una clínica. La primera impresión lo muestra como un hombre hosco, pero su interior desnuda una persona sensible, agradecida y afeerrada a sus afectos.

Pasó casi un año, y todavía no tomé conciencia de que estoy parapléjico. Suena ignorante lo que digo, pero pasaron diez meses de lo que me sucedió y todavía no tuve tiempo para quebrarme y llorar a solas. Debe ser que a partir de ese momento he recibido un constante afecto, tal vez una sobreprotección, por parte de mi familia y también de miembros de la Policía.

Cuando estuve en el hospital de San Justo, siempre había un policía de custodia. En estos casos la guardia la tiene que hacer un oficial de alto cargo, y una vez estuvo una subcomisario, una mujer, que no paraba de llorar. Estuvo toda la noche tomándome la mano, hablándome, tratando de hacerme sentir bien. Es algo que no olvidaré jamás.

En otra oportunidad, en ocasión de realizarse un acto en mi ciudad, Mercedes, y también en una ceremonia en Moreno, varios jefes policiales, entre los que había comisarios inspectores, mayores y generales, se acercaron a mí y me expresaron que estaban orgullosos de haberme conocido y orgullosos de los “huevos” que había tenido para enfrentar la situación que me había tocado vivir.

A mi no me mataron porque no quisieron. Yo me enfrenté con seis tipos que estaban fuertemente armados. No con las Browning oxidadas que tenemos nosotros, sino con armas de guerra, con itakas. En realidad no me mataron porque la supe hacer, tuve bien en claro lo que debía hacer. Habiendo trabajado en distintas Brigadas, en Narcotráfico, aprendí a trabajar. Fundamentalmente tuve jefes que me enseñaron a realizar este trabajo. Es el caso del (...) comisario general Amadeo D'Angelo, con quien trabajé en la Brigada de Investigaciones de Luján.

Pero no sólo la experiencia se adquiere en la calle. También realicé distintos cursos, tanto dentro de la Policía como en la Universidad de El Salvador, que a la hora de trabajar, a la hora de tomar una decisión en la que puede estar en juego la vida, me ayudaron a manejarme profesionalmente.

Contrario a lo que se puede esperar, el día que una bala le cortó la médula es un tema que no duda en abordar. Una jornada que lo dejó sin poder caminar pero convencido de haber cumplido con su deber. De sus labios brotan palabras que dibujan imágenes claras. La misma claridad que tuvo a la hora de actuar y que le permitió seguir vivo. La densidad de los hechos se contrapone con la luz que llega desde la ventana.

Era sábado, alrededor de las 21.45, cuando ingresaron dos o tres personas por el frente de la comisaría y otros tantos por la parte de atrás. Yo estaba en el fondo, en el Casino. Esa noche estaba encargado de tercio, y mi función era disponer los operativos de seguridad que se llevaran adelante.

“Quedate ahí, hijo de puta, porque te boleteamos”, fue lo primero que pude escuchar. Luego, cuando quise volver para ponerme a cubierto, sentí el estruendo de un disparo de itaka. Me quedé quieto. Entonces sentí que uno de los tipos me apoyaba el caño en la espalda. El otro puso su arma sobre mi cabeza, el caño en mi nuca. A la vez, uno gritaba “denle con todo al karateca que es el más duro”.

Recibí un disparo en el hombro derecho. La bala pasó por mi cuerpo y salió por la espalda, debajo del cuello. Me desplomé. Me cortó la médula y me dejó así. Tengo la certeza de que nunca volveré a caminar.

Estando en el suelo, nos gritamos con Juan Carlos. El oficial Juan Carlos Dobler. El estaba en el otro extremo del pasillo. Según sé, tenía su ojo en la mano. También había recibido un disparo. Yo no lo podía ver, estaba en la otra punta, caído en el piso.

Alertada de lo que pasaba, llegó primero la gente del Comando. Entró un subcomisario al cual le grité que tenga cuidado, que los tipos podían estar adentro. Entonces volvió a salir y uno de los delincuentes me pasó por arriba y yo incliné mi cabeza y cerré los ojos. Le gritó a otro que tenían que irse, que habían matado a dos "ratis". Me pegó una patada y se fue corriendo. Creo que si no me hacía el muerto me fusilaban.

Me salió bien, pero lo que mejor salió es que ganamos. Nos enfrentamos a seis tipos bien armados, que venían a llevarse a otro que estaba preso, y ganamos. No se lo pudieron llevar.

La gente ¿qué es lo que dice de la Policía?. -Ahí los tenés, mataron a otro inocente, a un transeúnte que pasaba... Pero en este caso no. Lo nuestro salió redondo. Cumplimos con nuestro deber.

Hacía quince días que tenía en mente lo que me iba a suceder. Una semana antes del accidente, al mediodía, había ido a ver al (hijo) más chico a jugar al fútbol (juega en Sarmiento de Junín y los dos mayores están en Vélez. Antes jugaban en Boca, pero ahora están en Vélez). Cuando terminó el partido los papás de los compañeritos de Julio César me preguntaron, más bien me dijeron: -Che, Loco ¿hoy te vas a quedar a comer el lechón?.

Yo les respondí que no podía, que tenía que trabajar, entonces insistieron y me propusieron que la pasáramos para el sábado siguiente. Yo les dije que sí, que podía ser, pero me olvidaba que ese sábado también estaba de servicio, de jefe de tercio.

Llegó el sábado, terminó el partido, y me dicen que esperábamos un poco y salíamos para ir a comer el lechón. Entonces les dije que no podía, que quería dormir aunque sea dos horas. Estaba cansadísimo y me tenía que ir a la comisaría. Insistieron y les volví a decir que estaba cansado, que tenía que dormir un poco porque si no me iba a "regalar". Me preguntaron por qué me podía "regalar", y les dije que la zona de Villa Zapiola era muy peligrosa. Y, un poco en broma y un poco en serio, les dije que esa noche me iban a ver por Crónica TV.

"Dejate de hinchar, Loco" -recuerdo que me dijeron-. Pero yo sabía que algo pasaría. A pesar de que soy una persona de hablar con bromas e ironías, sabía que algo iba a pasar.

Me tenía que presentar a las 20. Les dije a quienes estaban conmigo que no tenía ganas de ir, pero estaba de jefe de tercio y casi no me quedaba otra. Y les reiteré: "esta noche me van a ver por Crónica TV, con un 'corchazo' en la cabeza-, y crucé los brazos como se les cruzan a los muertos en el cajón.

De ese día hay cosas que me llaman poderosamente la atención. Una de esas es por qué llegó primero a la seccional el patrullero del Comando, que estaba a cinco kilómetros de distancia, y no el móvil de la seccional que se encontraba apostado a catorce cuadras. ¿Acaso ninguno de quienes estaban en el auto (un subinspector, un oficial ayudante y un sargento) escucharon lo que estaba sucediendo? ¿Ninguno se enteró que estaba siendo tomada la comisaría?. El móvil de Catonas estaba a seis kilómetros y también llegó antes. ¿Qué puedo pensar de lo que sucedió?. ¿Acaso soy estúpido yo, con veintiún años de servicio?. Estúpido no soy... Eso es algo que se tiene que saber y yo lo voy a decir.

También existe otra cosa, ¿por qué nadie me viene a ver de Moreno tercera? Me tienen miedo, les dije que si venían les pegaría un tiro en la cabeza. Tienen miedo, pero ¿de qué? ¿Con qué les voy a pegar acá adentro, en mi habitación de la clínica en la que me encuentro sin poder moverme. Con lo único que les puedo tirar hoy es con el desodorante de ambiente.

La noche fue larga, los instantes eternos y dramáticos. El hombre que saldría en camilla de la comisaría de Villa Zapiola nunca más sería el mismo que aquel que se había presentado a las 20 a cumplir el servicio. Ese hombre que tenía una familia a la que ahora debía contarle lo sucedido. Una familia que tampoco volverá a ser la misma.

Cuando estaba en la camilla, con impactos de bala en el cuerpo, vi cómo goteaba sangre hacia el suelo. A mi lado estaba un oficial. Un subinspector que tenía un teléfono celular. En ese momento pensé en mi mujer, mi tres hijos y mi mamá.

-Che, no me dejás hacer una llamada, le dije al oficial. Me prestó el teléfono y llamé a mi cuñada.

-Amalia, estoy en la comisaría, en una camilla. Quisieron copar la seccional y me pegaron un tiro. Estoy bien, no le digas nada a mami. Avisale a Cristina y vengan... Corté y me trasladaron de urgencia al hospital de Moreno. Después, por comentarios, supe que me llevaron hasta una plaza, desde donde me trasladaron en helicóptero al hospital Italiano, donde me operaron.

No quería que le dijeran nada a mami. No quería que se preocupara. Vinieron a Buenos Aires todos juntos: mi esposa, mi cuñada, su esposo Omar y mi hermano Juan Santiago.

Cuando a las 11 de la noche Omar llegó a casa con la noticia, a mami le había llamado mucho la atención. No era una hora en la que él solía llegar y eso le resultó sospechoso. Cuando preguntó qué pasaba nadie le dijo nada. Yo les había pedido que no le dijeran nada. Ella tiene 68 años, ya es una persona mayor y creí que lo mejor era no decirle nada.

Se quedó inquieta, no podía dormir. Cuando Cristina llegó de vuelta a casa, después de haber estado en el hospital y haberse enterado de mi estado, mamá la estaba esperando en la puerta. Le preguntó qué había pasado y mi señora sólo se puso a llorar. Después, le contó todo lo sucedido.

Pasaron tres meses de internación y mis chicos todavía no sabían cómo sería mi futuro. Un día me desperté con mucho optimismo y le dije a Cristina que los trajera... Cuando vinieron era sábado. El viernes anterior había anotado en un papel todo lo que quería decirles, para no olvidarme nada... Mi señora se sentó junto a la mesita de la habitación y los chicos a mi lado, en la cama que estaba vacía y que ocupaba el policía que permanecía de guardia.

-Julio, es la hora de contarles, dijo Cristina. Yo en realidad no estaba tan preparado, estaba muy nervioso. Me preparé para ese día pero sentía que no era el momento. Finalmente me decidí y saqué la fuerza que necesitaba para hablar.

-Papá tiene un grave problema, no crean lo que les han dicho respecto que voy a volver a caminar, les dije con mucha angustia.

Lucas Gastón, que va a cumplir 17 años, me dijo que él se mantenía con el mismo optimismo de siempre. Tenía la esperanza, después de hablar con un médico que se encontraba allí, que la ciencia hiciera posible que los tejidos de la médula se volvieran a unir. Algo que es casi imposible pero que alimenta su ilusión de que vuelva a caminar.

El más chico tiene 13 años y se llama igual que yo, Julio César. Cuando le pregunté qué pensaba sólo atinó a levantar sus hombros.

-Escuchame Pepo, ¿qué pensás de papá?, le reiteré.

-Yo sé que Dios te va a ayudar y vas a salir caminando. No con muletas, como vos decís.

Y me quedaba saber qué pensaba y sentía Gonzalo Nicolás, el del medio que tiene 16 años. No quería mirarlo porque él es, de los tres, el que más me afloja. Es igual que yo. Es puro sentimiento. Uno, cuando es padre, quiere a todos sus hijos por igual, pero siempre hay uno de ellos que a uno lo afloja. Eso es lo que me pasa con Gonzalo. No puedo mirarlo mucho porque enseguida me pongo a llorar.

Entonces intervino mi esposa y me hizo preguntarle. El me miró, me abrazó y me dijo: -Mirá papá, yo estoy seguro que con la rehabilitación vas a volver a caminar y estarás andando con nosotros en casa.

Yo quise dejarlos tranquilos. Les dije que la realidad era que yo no volvería a caminar, pero que eso no impediría que les diera todos los gustos. Siempre pensando que lo principal para mí es que ellos estén bien, olvidándome del mapa mundi que es mi cuerpo después de tantas operaciones y aguantando el dolor que significa cada vez que debo ir al quirófano.

La incertidumbre la planteó el destino como una barrera difícil de sortear. La desesperación y la falta de optimismo son elementos que muestran sus primeros planos, pero la esperanza gana la escena de un hombre conocedor de su riqueza. Valores sentimentales y espirituales que superan las dificultades y se instalan como las verdaderas y únicas razones de seguir adelante.

Cualquiera diría que en este momento tendría que estar como loco. No es ilógico, estoy parapléjico. Pero yo me tomé esto con mucha filosofía. Sé que esto le puede pasar a cualquiera. Hoy una persona sale a la calle, la cruza y es embestido por un auto. Puede morir o quedar como yo. Todos entenderíamos que fue un accidente. Y así lo tomé, como un accidente, como un accidente de trabajo.

Podía haber recibido un disparo en una mano, que me cortara un dedo, o dos, pero me pasó esto. Trato y lo tomo así.

De igual modo no olvido ni descarto que cuando me quedo solo flaqueo un poco. Pero fundamentalmente sé que no estoy solo. Tengo a mi mujer, que es mi novia todavía. Nos conocimos en la primaria, y desde ese tiempo que estamos juntos. Ella me dio tres hermosos hijos.

En tiempos de novios un día les dije, a ella y a nuestros amigos, que tendríamos tres hijos varones. Y no me equivoqué.

Cuando nació el más chico, Cristina me dijo: -Uhhh, otro varón más. Entonces le contesté: -¿Pero yo qué te había dicho, acaso no iban a ser tres varones?.

De joven siempre le pedí a mi Virgencita de Luján y al Señor Jesucristo que me diera la fuerza de poder casarme con la mujer que siempre amé, y también que me concedieran el deseo de tener tres hijos varones. Y así se dio todo.

Primero, me casé con la mujer que siempre me gustó y quise. Segundo, tengo tres hermosos hijos. Y tercero, estoy en una profesión en la cual muchos han querido ingresar y no pudieron.

También soy dueño de una casa, en Mercedes, la que está en un gran terreno. Delante está mamá. Ella tiene el nombre más hermoso, se llama Blanca Azucena. Detrás vivimos nosotros. Tenemos un parque grande y ahora, con el dinero que recibí de algunos seguros, pude dejar la casa muy linda. Le cambié el frente y parece un chalecito. Tengo teléfono. Antes del accidente no lo tenía, por eso llamé a mi cuñada y ella tuvo que avisarle a Cristina.

Si bien lo que me sucedió me trae varios inconvenientes, ya que no puedo caminar, por otro lado me trajo otra ayuda. Puedo decir que ahora progresé. Ya tengo teléfono, arreglé todo mi hogar, que si bien nunca fue un ranchito ahora está todo pintadito y muy lindo... A través de mi desgracia puedo decir que me va bien.

Ahora tengo la suerte de empezar a recibir la plata de los seguros, y son mi esposa y mi hijo mayor quienes están encargados de manejarla y andar de un banco a otro. Empecé a darles otros gustos.

El otro día vinieron después de haber ido al banco. Lucas me contó que habían pasado por una casa de deportes y que le habían gustado unas zapatillas que eran un poco caras, pero que igual las había comprado. Después hizo un silencio como esperando que yo lo retara por lo que había gastado, pero yo le dije que su papá no se iba a enojar. Le expliqué que la abuelita no había podido darme esos gustos, que eran otros tiempos. Tiempos más humildes. Yo creo que ahora ellos saben que a pesar de tener un padre lisiado, económicamente están bien... Y eso me hace feliz.

Dios me ha dado mucho en la vida. Entonces, esto que me toca vivir hoy, el estar así, es una insignificancia comparado con lo demás. Yo me siento muy feliz con mi mujer y con mis hijos. Y ahora, por mi accidente laboral, no voy a hacer infeliz a toda mi familia.

Y hoy tengo un gran sueño: cuando cobre algún peso más quiero llegar a comprarme una camioneta y poder seguir a mis hijos adonde quiera que vayan a jugar al fútbol. Antes yo jugaba con ellos, ahora quiero acompañarlos y poder estar en cada cancha que jueguen. También quiero ir con ellos a pescar y a cazar. Sólo quiero consumir familia.

Recuerdo que cuando tenía algún adicional en una cancha, que podía ser en Luján, yo los llevaba a los tres conmigo. Cuando terminaba el partido esperábamos que se fueran todos y entonces salían los tres tomaditos de la mano. Los subía al auto y dábamos una vuelta por la ciudad. Siempre terminábamos en la Basílica. Bajábamos y le agradecíamos a la Virgen por todo lo que nos había dado, por tener el autito que teníamos, por haber podido ir a pasear. Recién después emprendíamos la vuelta.

Hoy quiero repetir eso. Quiero seguir agradeciéndole a Dios por poder estar juntos.

La tragedia no es extraña en la existencia de Julio César Segovia. La vida le quitó a su padre siendo él muy joven. Un padre policía que cayó bajo las balas de la delincuencia. Ese hecho, juntamente con el que lo dejó parapléjico, lo llevan a pensar de una manera crítica respecto de la vida misma. Y dentro de esa vida cumple un rol principal la Policía. Su niñez feliz y pueblerina contrasta con el hombre maduro que propone manejarse con nitidez y pretente entender y cambiar los grises que tiñen las industrias más nobles.

Mi niñez fue muy buena. Mi infancia la viví medio pupilo en lo que se llamaba la Casa del Niño de Mercedes, que era regentada por un sacerdote.

Mis mayores recuerdos pasan por el fútbol. Cuando tenía un partido, papá se enteraba y, cuando no estaba de servicio, nos cargaba a la camioneta y nos llevaba. Si era en Junín, allá íbamos con papá. Mami también me acompañaba, sobre todo cuando mi padre trabajaba y yo participaba en alguna competencia de artes marciales.

De igual modo no tengo un buen recuerdo de mi padre. El era extremadamente mujeriego y estaba separado de mamá. Murió cuando yo tenía 17 o 18 años. Era policía y cayó en un enfrentamiento en Lanús.

Se llamaba igual que mi hermano, Juan Santiago. Pero quien se tendría que haber llamado Juan Santiago segundo soy yo, porque soy igual a mi padre. Dicen que soy el calco de él. Me parezco en todo, salí el retrato, soy la figurita repetida de mi padre.

Desde muy chico siempre quise ser policía. Pero con mis principios, no con los de muchos que lamentablemente están en la Fuerza. No con los principios de quienes le pegan a un borracho y le sacan la plata del bolsillo. Ni con los que se bajan en una esquina a pedir facturas, y después en otra a pedir una pizza. Yo si no tenía, no comía. Yo me manejé siempre así, en Policía y en la vida. Tal vez sea la razón más importante por la que me dicen El Loco.

Me siento orgulloso de saber que siempre puse todo de mí y que nunca hice mi trabajo mal. Siempre tuve valor. Recuerdo que en distintas ocasiones entrábamos con Juan Carlos Dobler a los calabozos a hacer la requisita y nos encontrábamos con gente bastante peligrosa. Pero a mí me respetaban y a Juan Carlos ni qué hablar.

Los hacíamos desvestir, los revisábamos de pie a cabeza... A los que tenían el pelo largo se lo hacíamos recoger para observar que no tuvieran nada tras la nuca. Les mirábamos las axilas, la entrepierna, detrás de las orejas... Les hacíamos sacar la lengua, para comprobar que no tuvieran una hoja de afeitar o algo por el estilo. También revisábamos toda la ropa de los detenidos, las zapatillas...

A raíz de todo esto, yo sabía que me tenían entre ceja y ceja. Sabía que algo me podía pasar, que me iba a pasar.

Más de una vez me amenazaron o intentaron llevarme por delante, pero yo siempre fui una persona de imponer cierto respeto. Juan Carlos era como yo, pero una persona más callada.

Dentro de la comisaría nos tenían mucho respeto, especialmente a mí, y estoy seguro que me pasó esto porque me ganaron de mano. Mi propia esposa repite constantemente que si no me sorprenden esto no me pasaba. Soy un convencido que me los comía a los seis.

En más de una ocasión recibí consejos de superiores, y otras tantas retos de mis jefes, por la enorme cantidad de horas que le dedicaba al trabajo. Muchos de ellos se preguntaban en qué mo-

mento del día dormía. Ellos observaban que participaba en demasiados procedimientos y detenciones, y no podían entender cómo lo hacía.

Pero es muy claro: a mí siempre me gustó la plata... Tanto que algunos me decían Ruta 6, porque iba derecho a La Plata... Pero me gustó la plata bien ganada.

Yo cumplía mis horas de trabajo y a esas les sumaba horas CORES, entonces era más lo que estaba trabajando que el tiempo que tenía para estar en casa. Siempre quise estar bien y poder tener bien a los míos, y la única forma sana era trabajando.

Sé que por esa forma de manejar me había transformado en un verdugo de quienes trabajaban a mi lado, porque siempre exigí que se cumpliera con la función que cada uno tenía. Y obviamente, a muchos nos les agradaba demasiado... Yo ganaba la plata por derecha, y quienes estaban conmigo no tenían otro remedio que imitarme.

Nunca me importó demasiado lo que pudieran decir, porque siempre intenté ser ejemplo de mis compañeros.

Cuando surgía un trabajo riesgoso, cuando determinada consigna implicaba un importante grado de peligro, fui el primero en llevar adelante la tarea. Nunca dudé en demostrarles a quienes ocasionalmente estuvieran a mis órdenes que yo les exigía, pero que era el primero en “aguantársela”.

Nunca voy a entender que aquellos que entran a trabajar a las 20, a las 24 ya dicen que tienen sueño. ¿Con veinte y pico de años tienen sueño? ¿Qué clase de policías son? ¿Cuánto hicieron en esas cuatro horas de trabajo?.

De existir la chance de volver a trabajar, no lo volvería a hacer. Después de tantos años me sentí traicionado por la Policía. No por la Institución, pero sí por muchos de los hombres que la forman.

Por mi parte, me siento seguro de lo mucho que le he dado a la Fuerza. En su historia son contados los hechos como el que me tocó protagonizar, y creo que ya es suficiente. No me siento un héroe, pero estoy muy orgulloso. Primero por ser policía, y en segundo lugar, por haberle demostrado a mis hijos la clase de hombre que es su padre.

Gonzalo un día me dijo que quería ser policía, y le dije que me oponía. Que lo peor que me podía pasar era tener un hijo policía. Yo sé que él tiene su carácter y que tal vez insista con su idea, aunque no tengo dudas que ese día le voy a cerrar todas las puertas de mi casa. Es lo único que no les permitiría. Le daré, en tanto pueda, todo los gustos, pero ése no.